

Se le aparece cada quincena



Alejandra Pizarnik • Luis Urquieta • Fernando Cajías • Emma Pérez de Castillo
Osvaldo Molina • Benjamín Chávez • Silvio Mattoni
Antonio José de Sainz • Felipe Mansilla

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 414 Oruro, domingo 29 de marzo de 2009





90 años. Acrílico sobre papel
Erasmo Zarzuela Chamblé

El deseo de la palabra

La noche, de nuevo la noche, la magistral sapiencia de lo oscuro, el cálido roce de la muerte, un instante de éxtasis para mí, heredera de todo jardín prohibido.

Pasos y voces del lado sombrío del jardín. Risas en el interior de las paredes. No vayas a creer que están vivos. No vayas a creer que no están vivos. En cualquier momento la fisura en la pared y el súbito desbandarse de las niñas que fui.

Caen niñas de papel de variados colores. ¿Hablan los colores? ¿Hablan las imágenes de papel? Solamente hablan las doradas y de esas no hay ninguna por aquí.

Voy entre muros que se acercan, que se juntan. Toda la noche hasta la aurora salmodiaba: *Si no vino es porque no vino*. Pregunto: ¿A quién? Dice que pregunta, quiere saber a quién pregunta. Tú ya no hablas con nadie. Extranjera la muerte está muriéndose. Otro es el lenguaje de los agonizantes.

He malgastado el don de transfigurar a los dos (los siento respirar adentro de las paredes). Imposible narrar mi día, mi vía. Pero contempla absolutamente sola la desnudez de estos muros. Ninguna flor crece ni crecerá. A pan y agua toda la vida.

En la cima de la alegría he declarado acerca de una música jamás oída. ¿Y qué? Ojalá pudiera vivir solamente en éxtasis, haciendo el cuerpo del poema con mi cuerpo, rescatando cada frase con mis días y con mis semanas, infundiéndole al poema mi soplo a medida que cada letra de cada palabra haya sido sacrificada en las ceremonias del vivir.

Alejandra Pizarnik. Buenos Aires, 1936 – París, 1972. Poeta.

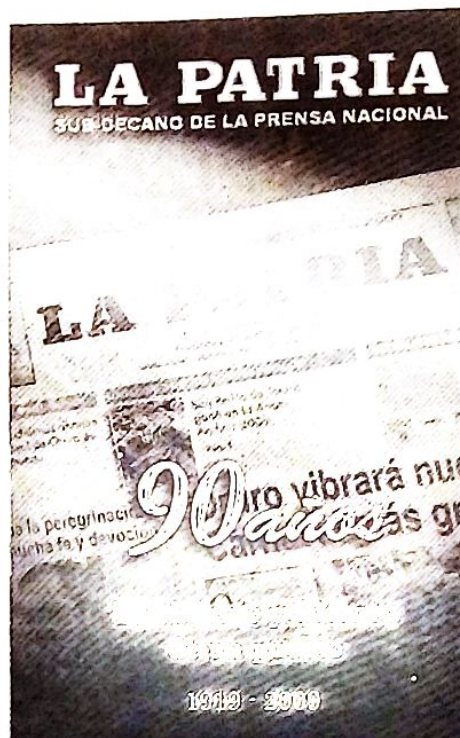


el duende
director: luis urquieta m.
sejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
illa 448 telfs. 5270816-5288600
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

Nota: En la edición 413 (15.03.09), misiva "Mujer única", por error se mencionó al autor como Enrique Múñiz. Debe decir "Enrique Reyes Barrón a su amada Mercedes".

El Duende en La Patria 90º aniversario del Sub Decano de la Prensa Nacional



LA PATRIA, uno de los medios de comunicación más representativos del periodismo nacional, cumple noventa años de incesante labor en servicio de la información y la cultura. En noventa años de vigencia, el órgano periodístico ha franqueado asechanzas de todo jaez, nada más que para servir con irrefrenable pasión los intereses oreños y del país.

Noventa años significa tradición, una tradición para haber convertido al Sub Decano de la prensa nacional en depositario y testimonio de los tiempos históricos, porque efectivamente LA PATRIA ha documentado la historia, y sigue haciéndolo con probidad intelectual.

La tradición no es un mito ni una entelequia; es la evocación encendida de las glorias del pasado para enriquecerla y proyectarla hacia el porvenir.

El culto a la tradición—decía el socialista francés Jan Jaurés (1859-1914)—, no consiste en conservar las cenizas, sino en mantener la llama.

Hace 56 años, a mi llegada a Oruro para alistarme en la Universidad, conocí el diario LA PATRIA y a su Director D. Enrique Miralles Bonnacerrere; de él con el tiempo admiré su entereza. Y así, el egregio periodista edificó la tradición del matutino durante dos tercios de su vida, sembrando humanismo en las relaciones personales y, rectitud e idoneidad en la conducción de su entrañable vocero.

El Suplemento Literario *El Duende*, hechura material de LA PATRIA, que está ya enraizada en esta tradición, desde su escondite, perdido en los recovecos de la Editorial, saluda con fervor y alborozo este día de Aniversario.

Ing. Luis Urquieta Mollada
Director de El Duende

Ayer y hoy

Pancho se fue

A media mañana del 18 de febrero dejó de existir mi hermano Francisco, más conocido como Pancho, al que dedico estas líneas, no solo por ser mi querido hermano, sino porque su vida es testimonio de un pensar y un sentir, del ayer y el hoy, de un segmento importante de la población paceña y boliviana.

Recuerdo que cuando todavía, allá por los sesentas, muchos jóvenes, asistíamos a misa dominical de camisa y corbata, con el pelo corto y los pantalones cortos hasta los tobillos para lucir las medias blancas, otros, entre ellos mi hermano Pancho, dejaban que su cabello crezca, archivaban la corbata, en su caso para siempre, oían un nuevo rock, leían a Cortázar y se llenaban de amor y libertad.

Pancho fue uno de los primeros rebeldes de cabello largo de los que frecuentábamos el Montículo y el primero de los que vivíamos en la Méndez Arcos. Desde entonces nunca dejó de ser rebelde y de ser libre, a pesar que su libertad le costaría muchos obstáculos en esta parte del mundo dominada por las normas tradicionales.

Lo recuerdo partiendo a defender el proceso de cambio en el cerro de Laikakota y volver frustrado, pero inmediatamente continuar con sus cientos de formas de rebeldía, rebeldía reflejada no en la política, de la que se alejó pronto, sino por su manera de vivir, por sus sueños y proyectos.

Pancho escribió, fotografió y filmó mucho, pero, por su perfeccionismo, sus largos viajes por la Bolivia profunda de las tierras bajas y las tierras altas, han quedado muchas obras inéditas que esperamos pronto dilundirlas. Ganó el premio de cuento Franz Tamayo "Dellín del Mundo", la historia de un chipaya contada con mucho humor, pero también con profunda crítica a las causas de la pérdida de la identidad.

Su guión para una película: "Prisión y muerte de Atahualpa. Una tragedia de equivocaciones", que fue su tesis creativa en la Carrera de Literatura de la UMSA, será publicada en los próximos meses por dicha carrera y todos esperamos, que sus hijos y sobrinos, casi todos también dedicados al mundo de los audiovisuales, puedan convertir ese guión en una película.

Es imposible saber si sus cuentos y sus guiones serán consagrados por el gran público, pero si ya lo han sido por un público especializado y por sus muy queridos alumnos.

Su faceta de profesor es probablemente la que ha dejado más huella, profesor en literatura y en comunicación de la UMSA y en cientos de talleres organizados por la escuela de cine y por el CEFREC. Los días de su velorio y de su entierro, en medio del profundo dolor, no se podía ocultar la satisfacción de ver desfilar ante su féretro a decenas de alumnos y alumnas, muchos de ellos indígenas a los que les enseñó el arte de hacer un guión. Formó parte de eso equipo tan importante fundacional del cine indígena en Bolivia.

Una de sus últimas producciones estuvo inspirada en comparar los sitios sagrados de los aymaras de Pacaxes y de los tsimanes de la zona amazónica. Lo más seguro, es que más allá de este mundo, se haya encontrado ya con su familia más íntima, con John Lennon, con sus amigos pacaxeños y tsimanes, con el bueno del Dellín, tal vez hasta con Atahualpa.

Fernando Cajas de la Vega.
Historiador doctorado en la Universidad de Sevilla.

Alsacia

Después de la terrible capitulación de... cuando se reunieron los Judíos y Mr. Thiers, en la casa del príncipe de los judíos con el judío de los príncipes y concluyeron el famoso tratado de cesión de Alsacia y Lorena.

Cuando Gambetta dijo:

La Francia se rinde, pero Gambetta, ¡no!

Entonces, Mr. Lacroix, alsaciano empedernido, se dijo:

—Yo he nacido francés y no quiero morir alemán.

Se embarcó en Marsella y en busca de familia y de amores, llegó a Montevideo. Ese país donde nacen las mujeres más lindas del mundo. Mujeres que tienen los ojos claros y las cabelleras negras. Encontró una bella compañera que supo hacerlo feliz.

Y una mañana de primavera le hizo una confidencia feliz a Mr. Lacroix...

El dijo enternecido:

—Si es niña se llamará "Alsacia".

Y fue niña, y se llamó Alsacia.

Mr. Lacroix olvidó la Alsacia francesa.

¡Es claro! Tenía ya una Alsacia encantadora en el hogar. Y esta, para él, valía más que la otra.

Los sentimientos son mayores cuando de más cerca hieren.

La provincia francesa valía menos que su linda Alsacia que empezaba a hablar, que tenía el cielo en la mirada y un corazoncito angelical.

Todo él para su padre.

Alsacia, la deliciosa chiquilla, creció, y como todo lo que crece, fue más bella y más deliciosa.

Hoffmann, distinguidísimo joven alemán, la pidió en matrimonio.

Mr. Lacroix consultó la voluntad de Alsacia y ella dijo que sí, irremediablemente que sí.

Lacroix ha muerto con el dolor de haber perdido dos Alsacias.

Sin patria y sin lo único que le restaba en la vida.

Cuando el notario le dijo:

—¿Cuál es su última voluntad? —Lacroix respondió:

—Que me pongan sobre mi tumba "Alsacia".
Quizá ésta no me la quiten.



Oswaldo Molina. Sucre. Escritor y narrador.

Guacocho



Ruperto Salvatierra. Orco sobre tela.

Con el aguayo prendido sobre el hombro derecho, dejando ver el jubón de panilla verde, los pies descalzos y colgadas las ojotas en el brazo que cimbreaba, descendiendo por el cerro la imilla, haciendo girar entre sus dedos la delgada rueca envuelta en lana de vicuña, cual si la rueca fuese una espiritual y hábil bailarina.

Precédente sus niveas ovejas que, al diseminarse, convierten el cerro en un nevado.

Desmaya la tarde, y las sombras de la noche tendiendo sobre los gigantescos bloques de piedra su velo de misterio, les dan formas aterradoras.

La imilla, toda temblorosa, brillándole los ojos como carbunclos encendidos, se detiene ante un pedrón inmenso: ora una eslinga que en anteriores épocas adoraron los Incas bajo el nombre de Guacocho.

La indiecita, al mismo tiempo que pronuncia extrañas palabras cabalísticas en almara, le arroja un puñado de coca mascada en señal de ofrenda.

El horrible ídolo desprende los brazos, clava sus pupilas de piedra en los ojos de la imilla, aprisionándola, y le estampa en la boca sus pesados labios...

Solas y balando a coro llegan las ovejas a casa de los padres de la muchacha, quienes la buscan en vano.

Al siguiente día, el monolito tiene su compañera.

Y cuentan que por las noches el cerro se convierte en un inmenso palacio de oro, y que, las eslingas transformadas en lujosos príncipes incaicos danzan... danzan con toda su cohorte de piedra al son de queñas y zampoñas...

Emma Pérez del Castillo de Carvajal. 1890-1963.
Poeta y narradora argentina.



Con el lema ¡La poesía es la conciencia de la tierra!, en febrero de este año se desarrolló el V Festival Internacional de Poesía en Granada, Nicaragua. Bolivia estuvo representada por Benjamín Chávez Camacho, miembro de la Fundación Cultural ZOFRO y del Consejo Editorial de El Duende. El Festival Internacional de Poesía de Granada, convoca anualmente a poetas de todo el mundo para compartir su obra con el público durante una semana de lecturas en iglesias, plazas y centros culturales de la ciudad.

Epigramas nicaragüenses

En su *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, el capitán Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, menciona un volcán en el que los indígenas consultaban con una bruja, fácilmente identificada, en la mentalidad conquistadora, como el mismísimo demonio. De allí el impuesto nombre de *Boca del infierno* a uno de los volcanes más conocidos y visitados en la actualidad en Nicaragua. El volcán Masaya. En lo alto de una pequeña colina expuesta a vientos fortísimos y a las emanaciones de dióxido de sulfuro del cráter de quinientos metros de diámetro y trescientos de profundidad, todavía puede verse una versión moderna de la cruz que fray Francisco de Bobadilla plantó con la intención de exorcizar al demonio.

En aquel sitio, la mañana del diecisiete de febrero de 2009, contemplé larga y silenciosamente un paisaje que inevitablemente me remitió al altiplano boliviano, por lo árido, por su condición elevada, por los vapores y aguas corrosivas que, quien ha crecido en tierra minera como yo, conoce de sobra. Yo supe de lugares de donde regresé henchido / y por días mi fisonomía habló a los extraños / de ese secreto, indiscretamente; / tal era el gozo que conlleva. Sirva este verso de Carlos Martínez Rivas de suficiente atisbo a lo sentido y meditado en aquellas alluras, a tan poca distancia de cálidos campos poblados de iguanas y flores de malinche. A la vista de Managua, el lago Cocibolca, que tiene el mismo tamaño que nuestro Titikaka, y a sus orillas apacibles, la hermosa ciudad de Granada.

Nicaragua, tierra de poetas, patria del inmenso Rubén Darío, ese "nuestro paisano ineludible" como lo llamaba otro grande: José Coronel Urtecho, abre sus puertas al Festival Internacional de Poesía cada febrero desde hace ya cinco años, en cuyas sucesivas versiones han participado centenares de poetas procedentes de todas partes del mundo.

Entre el 16 y el 21 de febrero de 2009, hubo 131 participantes de América, Europa, África, Asia y Oceanía, quienes leyeron sus poemas cada día por las calles de Granada y algunas otras ciudades y municipios de Nicaragua. Poetas como Ernesto Cardenal, Yevgeny Yevtushenko, Claribel Alegría, Gioconda Belli, Jorge Bocanera o Juan Manuel

Roca, por citar acaso a los más reconocidos, leyeron y compartieron con el pueblo granadino durante la semana del evento, que también incluyó ferias de libros, presentaciones de antologías, coloquios sobre temas editoriales y homenajes a poetas como Alfonso Cortés (1893 - 1969) a quien este año estuvo dedicado el festival.

Fue una semana llena de magia, permitásemme decirlo así, porque no sé otro modo de referirme a una plaza en plena noche con centenares de personas escuchando en silencio cómo Ernesto Cardenal leía uno de sus grandes poemas, un gran poema de la literatura: Hora 0 para aplaudirlo luego de escuchar versos entrañables que hábilmente tejen la historia de Augusto César Sandino: *Todos mis hombres aceptan la rendición, menos uno...*

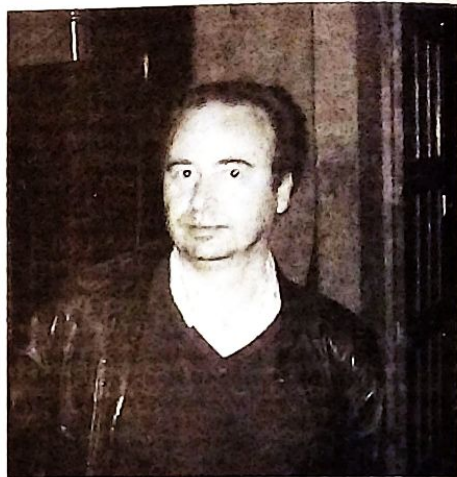
O escuchar la narración del ruso Yevtushenko, una auténtica leyenda viva, en una esquina de la plaza bajo un sol de plomo, frente a cámaras de televisión de varios países, en la que refiere su visita a Bolivia hace décadas, más precisamente al departamento de Santa Cruz, más precisamente a la quinta sección de provincia Vallegrande, más precisamente a La Higuera, más precisamente a su escuela.

O escuchar los versos de tantos y tantos poetas en museos, puertas de iglesias, mercados, esquinas. O participar de la fiesta del carnaval leyendo poemas cada que la alegre comparsa se detenía a tomar aliento y escuchar unos versos traídos desde los sitios más alejados y a veces en idiomas plagados de sonidos rarísimos. En fin, recordar a los amigos de Honduras, El Salvador, Brasil, Ecuador, Uruguay, Guatemala, Costa Rica, Marruecos, Austria, Países Bajos, etc. con quienes hicimos, hicimos... hicimos y deshicimos.

Hasta aquí, por ahora, estas pequeñas notas, estos "epigramas" por razones obvias, garabateados en el hotel, en los paseos en bus, en coche de caballos, en fin en cualquier sitio en que la señora soledad reapareciera con su alto sombrero a saludar en medio del ruido abarcador y fraterno de la poesía y la tierra granadina.

Benjamín Chávez

Una lectura de *El Entrevero*, reciente novela de



El entrevero está escrito en varias lenguas, por momentos. O más bien en un castellano enriquecido por múltiples contactos, contaminaciones, maneras de conjugar e interrelacionar que vienen de sustratos lingüísticos originarios. Pero el estilo, cierto barroquismo resultante de la operación de mezcla idiomática, no es lo único extraño en este libro. Porque además parece narrar, volverse en ocasiones un relato epistolar, transcripción de testimonios y de charlas, pero en verdad ensaya, arriesga teorías. Lo político, en sus dos formas de indagar esa violencia, como identidad perdida o como identificación impuesta, asoma entonces en *El entrevero* como pensamiento, donde Mallarmé y Derrida se las agarran con unos dichos en aymara, donde Heldegger y Celan conversan su germánico exterminio y son ironizados por algún cholo emigré que recuerda a los indios masacrados en silencio. Nada se resuelve en estas mezclas o enfrentamientos que no escamotean su burlona dosis de malentendidos. *El entrevero* pone a rodar los dilemas y los retoma sólo para volver a lanzarlos hasta que sean pensados en otro lugar. De allí el tercer rasgo del libro —los otros dos eran, como dije: enriquecimiento de la lengua y mezcla de géneros— que sería su carácter fragmentario. Incluso por ahí se lee alguna mención a los hermanos Schlegel y su teoría literaria anarquizante basada en la escritura de fragmentos donde poesía, relato y filosofía fueran una sola cosa.

En la persecución de ciertos fragmentos, por lo tanto, intentaré mostrar los puntos llamativos que en una lectura alcancé a divisar, y que podrían ser otros, que le deben pues algo al capricho. También algo de azar, de *objet trouvé*, parece insinuarse en el origen de ciertos pasajes de *El entrevero*, que sigue así una sensibilidad de ensayista, contando, pensando, traduciendo, hilando en suma las hebras que se encuentran al paso.

El primer fragmento que señalo es una alusión a la potencia de lo escrito, fuerza que a la vez fijaría el nombre, tallándolo como en una montaña, y enterraría otros nombres. Incluso el de la montaña ahí presente. Pero Ajens hace pensar que la fuerza de esa inscripción también desgarraría la superficie en que se realiza, y deja ver, tras esa rotura o desgarrón del plano, del mapa, el viejo trauma detrás de la trama escrita. Así se repetiría, compulsivamente, lo olvidado en el mismo gesto de la memoria escrita o literatura que en apariencia lo esconde.

Otro fragmento, concentrado sobre sí hasta que asume la apariencia tajante de una frase: "Todo lo que no brilla es prosa." ¿Sabremos con ella lo que estamos leyendo, como una intensificación por mezclos, por saltos, por vueltas sobre lo sonoro y lo gráfico de las palabras que harían que el libro brille, juegue, no se resigna al destino de prosa que el papel

Río de montaña

Escritor chileno Andrés Ajens, ambientada en La Paz.



y el uso de márgenes indicaban? ¿Acaso todo lo que brilla en la lengua, o las lenguas, será entonces poesía? Sólo si le declinamos poesía a esa atención hacia lo no-conceptual de las palabras, hacia ritmos, puntuaciones, tonos de voces que se traen y se llevan. Porque, casi olvidaba decirlo, este libro piensa la idea de traducción, o el gesto de traducir, como si hubiera una serie infinita de variaciones transicionales entre una lengua cualquiera y otra, antes que un sentido que se captaría en una y se vertería en la otra. Porque, ¿cómo podría pensarse ese sentido prebaldico, captable y traducible, si no se está en una lengua? Percibiendo lo continuo de la materia lingüística en cualquier habla, traducir se vuelve brillo donde relumbra la palabra, por hallazgos, por capricho o vecindad inventada de vocablos.

Tercer fragmento, que quisiera llamar un "enfrentamiento francés", y que Ajens expone como un ensayo puesto en marcha en la cabeza de un personaje, chileno acaso, que ha ido a filosofar a Francia. Las dos posturas serían: que el sujeto lírico precedería al poema, es decir, el sujeto es anterior a la lengua; o bien que el sujeto es un efecto del lenguaje, como pensaba formalmente Benveniste. Ajens juega con ambas posibilidades, porque si bien no hay sujeto antes del habla y del pronombre "yo", tampoco puede decirse que no haya una experiencia exterior al lenguaje. De hecho, si la noción de sujeto pertenece a la lengua, no toda experiencia se hace en su interior. La diferencia y el acontecimiento, que sellan el cuerpo de alguien aun antes del "yo", no podrían simplemente ser borrados por la estructura repelente de la lengua. Pero, ¿cómo se dice eso que por definición no integra el orden de lo decible?

Cuarto fragmento: a partir de una discusión bizantina, porque Bizancio es el origen de toda filología, sobre la etimología del nombre del cerro Aconcagua, sobre si proviene del mapuche o del aymara, el curioso, ávido lector que también protagoniza *El entrevero* llega a concluir: "Como si Aconcagua fuese la voz misma estrechándose a sí misma, antes del usted y del voseo, antes incluso de la congelación de las aguas arriba, Aconcagua: estoy diciendo: lo más estrecho de la voz." Algo pues que se estrecha, se angosta, ¿acaso se estrangula o se calla? Pero antes del acontecimiento, en la misma toponimia previa trasapelada luego al castellano. Antes del usted y del vos, en una interpelación diferente, se nombró la montaña, quizá en respuesta a la garganta que se angosta entre las bases de las cumbres, quizá escuchando lo que sonaba allí desde siempre, o bien, ¿por qué no?, agradeciendo los ríos que bajaban, el deshielo que un aliento cálido, no humano, repelle con cada primavera.

Quinto fragmento: Neruda usa la metáfora de la flor para aludir al sexo y al surgimiento del deseo. Un ensayista propone analizar ese tópico, directamente relacionado con la ambivalencia de lo natural en la poesía moderna. Así, Baudelaire pudo describir genéricamente sus flores masculinas como reacción de cuerpos que desean pero que no se integran a ningún ciclo de conservación de la naturaleza. Son cuerpos que no exhiben su belleza para reproducirse, sino que muestran un impulso de aniquilación, la corrupción que los habla, la carroña que adivinan en su futuro. Pero también, en la misma gratitud del florecimiento, en una "eléctrica flor", como la llama Neruda, que sube sola a la existencia, que no era previsible, aparece el costado sublime del impulso que surge, pulso que brota, estremecimiento en el presente. El mal de las flores sólo tiene lugar en un tiempo desplegado, cuando se prevé el final, cuando la ruina se dibuja en el derroche como horizonte por venir. Y la pureza de la flor, no manchada por ninguna conciencia, no proyectada en ningún plano, se repliega antes del tiempo, a su minuto de alegría. Hambriento o inocente, el sexo no tiene opciones, la flor es pura y corrupta a la vez.

Sexto fragmento: como en muchos pasajes del libro, se nos ofrecen cartas, citas, transcripciones de documentos. Aunque recortados de tal modo que dicen la mezcla, el enredo de poesía, filosofía, antropología, o la entrada en la infancia, biografías de muertos, escrituras de quienes ya

no tienen otra vida que la proporcionada por la distorsión de la lectura, la traducción infiel y el afecto imposible de algún lector. Entonces leo epifanías en cartas posiblemente de Jaime Saenz, poeta boliviano, impregnado de axiomas del romanticismo europeo, relaciones entre el amor, la naturaleza (sobre todo parcializada, en su sonoridad, en sus mutaciones, en cierto ideal de lo que nace y no cesa) y la poesía. El poeta, transcrito aquí, escribe cartas para seducir a su lectora, y como ya ninguno existe, espiamos su español cristalino: "El río suena. Murmura sordida y ásperamente, pasa con sus recónditos secretos, arrulla el sueño, se va, yo no sé, arrastra todos los fulgores de la luna, se lleva todas las tristezas." ¿No es acaso ese río, al mismo tiempo sordido y tranquilizador, un flujo de palabras, una figuración del lenguaje? ¿Qué dios anima su corriente allá, en la ciudad de La Paz, y manifiesta así que el ritmo de escribir nunca se conoce, no se sabe?

Fragmento siete: vuelve la frase que decía: "todo lo que no brilla es prosa". Pero dentro de una discusión, o charla, donde se piensa que toda frase, en su carácter de tal, comunica verso y prosa, "el brillo y el no brillo se intersectan se machimbran se dan a ratos la mano". No podría haber brillo sin fondo opaco o male; como decía Gombrowicz en su discurso "Contra los poetas": "el azúcar me gusta pero disuelto en el café". Y entonces, si toda frase tiene ritmo y por momentos, o a la orden del que la enuncia, brilla, llega Mallarmé para rellorar que no existe la prosa, sólo distintas formas de desplegar el ritmo, cada ser como un nudo de ritmos. Sin embargo, hay prosa, como algo que se inventa después del verso, fuera del habla también, trabajo negativo, excavador, que ahueca el lenguaje por argumentación, narración o acuñación de conceptos.

Fragmento ocho: sobre la comunicación. Sabemos que a los versos suele reprochárseles oscuridad, ya que escuchan lo que suena en la lengua y en parte, en mínimas partes, se desentienden del sentido. Un místico antepasado de Mallarmé contesta, ya que fue el primer oscuro o negador del reportaje universal. "No nos reprochen la falta de claridad puesto que hacemos profesión de ella." Literalmente: lo que se dice en lo escrito es lo que se dice en lo escrito. Leer, acaso, es otra cosa, una antigua y celosa práctica y quien la realiza íntegramente se suprime, algo imposible salvo por raptos, imperceptibles segundos de enajenación. Entonces claridad y oscuridad se hacen en el que lee.

Fragmento noveno: que pregunta por el carácter desafortado de la escritura. O sea: se escribe lo ilegible y lo no planeado. Lo demás es otra cosa, no es escribir sin más.

Fragmento décimo: sobre las notas bilingües y trilingües que *El entrevero* regala y reparte al final, para retruécans, revelaciones y chistes serios. Alguien habla citado, en un diálogo teatral del libro, "Amo las eras desnudas... que pasan... las eras..." Pero es un disparate del francés, donde pasan "des nuages", "unas nubes", y no "nu-ages", o "áges nues", "edades desnudas", "épocas desnudas"... aunque en ese altiplano con palabras quechuas, ¿no son las nubes las edades desnudas que pasan de nuevo?

Fuera de todo fragmento, quizás *El entrevero* sea un libro todo hecho de citas, un centón, pero tan recortado, trasapelado, traducido y versionado que avanza a su propio paso, mira la lengua en su escorzo, observa el nudo rítmico al cual responde. En ese ir, en la escritura de lo leído, lo escuchado y lo traspuesto, parece desentenderse de comunicar intenciones pero precisamente por eso logra imaginar su comunidad de pensamiento, su río que murmura, arrulla, secretea y se lleva todas las tristezas.



Silvio Mattoni es poeta, ensayista y traductor

A

Antonio José de Sainz



Antonio José de Sainz. Oruro, 1894-1959. Abogado, poeta y periodista. Desempeñó la función de Rector de la Universidad de Oruro. En la generación de líricos bolivianos representada por Reynolds, Carriles y Nicolás Ortiz, Antonio José de Sainz es indudablemente una de las mentalidades más brillantes y vigorosas. Ha publicado *Cantos del sendero* (1912), *Rilmo de lucha* (1913) y *Camino sin retorno* (1939).

Desde mi ventana

Desde la ventana de mi cuarto, sobre la avenida gris y silenciosa, bajo el frío de este cielo de invierno, la veo pasar sola y pensativa...

Su traje color ceniza, el mismo color del cielo, me parece hoy un harapo. Antes me pareció una nube hecha para envolver su regio busto de estatua, su cuerpo, su piadoso cuerpo de Magdalena... Nada ha cambiado en ella; ni sus andares leves, que son los mismos de antes, ni tu traje, que es el mismo de otros días.

En cambio, su palidez ha aumentado, palidez de ensueño, de nácar, de lirio muerto... Su rostro se ha idealizado y sus ojos brillan más negros.

Y al verla pasar desde mi ventana, sobre la avenida silenciosa, bajo el frío de este cielo de invierno; al verla pasar sola y pensativa, me pregunto:

¿En qué piensa?

Y lentamente reconstruyo un párrafo de su historia, de su vulgar historia de vendedora de amor.

Tres años habían vivido juntos su idilio. Él, un estudiante venido de lejanas tierras; estepa rusa o pampa americana. Ella... El estudiante le brindó su pan, su cuarto y sus fastidios; ella le brindó su cuerpo y, acaso, un rincón de su alma... De calle en calle, de café en café, derrocharon sus alegrías, unas veces, pasearon sus celos y riñas de amantes, otras. Él era todo cuidadosos; ella, toda caricias. Los dos se amaban; los dos vivían... ¿Qué más deseaban?

Para mí, ella era una armonía. No quiero describirla. ¿Para qué? Sería fracccionar el adorable conjunto. ¡Oh, la amante prisionera encadenada con billete de banco! Mi sueño romántico era ser el trovador de esa castellana.

Tres años pasaron, y el idilio terminó, él concluidos sus estudios médicos, partió dispuesto a trabajar por "su patria" —como decía— (y más dispuesto aún a reventar a sus compatriotas a fuerza de drogas...) Fue al comenzar del invierno. La nostalgia apresuró su marcha, y una mañana plúmbea y lluviosa, partió. Un albo pañuelo y hondo sollozo dijeron "adiós"...

Y ella, como en otro tiempo, ofrece sus caricias para ganar la vida.

Yo me pregunto de nuevo:

—¿En qué piensa? ¿En quién?

Ese "quién" me tortura. Y me dan ganas de correr tras ella: de murmurarle al oído rimas hechas de seda, de languidez y de tristeza. Estrofas suaves como para arrullar, en un sueño amoroso, su pobre alma de mujer.

El largo crepúsculo, que es un día de invierno bajo este cielo, traza en su manto gris estrias negras que se agrandan en inmensas alas de sombra. Es de noche. Ella ha desaparecido.

—¿Quién podrá curar esa alma?

—¿Y quién consolará mi corazón...?

Una conquista

Una vez vi que una estrella me miraba. Quise cogerla y por entre los árboles del bosque lóbrego y sonoro, ascendí hacia la cumbre de la montaña.

Fieras alimañas poblaban la espesura. Un tigre cauteloso quiso devorarme; vampiros y serpientes venenosas se lanzaron a mi encuentro, un taimado chacal me siguió por largo trecho. La noche era negra y el camino duro, amargo, interminable. Tras largo caminar llegué a la cima. Con las pupilas deslumbradas, sentí que la estrella se aproximaba; tendí los brazos... Creí haberla aprisionado y quedé dormido.

Después, al despertar en la soledad del bosque profuso y tenebroso, me acordé de mi estrella... Y entre mis manos, desesperadamente apretadas contra el pecho, descubrí lo que tan penosamente había conquistado: ¡una frágil, vacilante y efímera luciérnaga!

Mi nombre

Tu mano entre la mía, haremos juntos el camino. Las vastas ciudades tumultuosas, la llanura infinita, el arrenal ardiente, han de verlos cruzar alegres e impasibles hacia el vago país lejano que no alcanzaremos nunca. Haremos juntos el camino. Me guiarás o irás siguiéndome. Reposaremos bajo el techo de la misma cabaña, a la vera del bosque tenebroso. Calmará nuestra sed la misma fuente, y única tienda nos dará refugio, bajo el sol que calcina, en los errantes aduares del desierto.

Haremos juntos el camino. Se reflejarán igual en nuestros ojos tristes o risueños, la luz de las auroras pálidas, la roja lumbre de los largos crepúsculo. Compartiremos penas y placeres; apoyará la frente en mi pecho y oírás latir mi corazón oscuro... Me llamarás tu amigo, tu amado o tu hermano; pero nunca sabrás mi nombre verdadero.

Sombras

Esta noche no es muy larga, no es más larga que aquella que no acabará nunca... Voy caminando a tientas y procuro llevar siempre en lo alto y delante de mí el farol encendido que tengo en la mano. Esta pequeña y vacilante luz apenas logra atravesar las sombras, que crecen y se ensanchan a medida que avanzo.

Y a medida que avanzo guiándome por el haz luminoso que el farol proyecta, siento, con el corazón lleno de miedo, que va siguiéndome mi propia sombra.

Carlos Medinaceli dice de Sainz: Periodista y poeta de refinada cultura y aguzada sensibilidad; su educación europea no le hizo perder contacto con las cosas de su pueblo, aunque su poesía es de inspiración universal.

De su parte Juan Francisco Bedregal expresa: Es un poeta fuerte y sincero. Sin ostentar en las frases ni en las actitudes, es un apóstol y un renovador, que desde los excelsos dominios de la belleza en la que vive amorosamente abstraído, tiene los ojos y el corazón puestos en los hombres.

H. C. Felipe Mansilla. Bolivia, 1942. Doctorado en ciencias políticas y filosofía en Alemania. Profesor visitante en universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

África y Julitane



(Séptima parte)

Muchos asuntos de la vida cotidiana tenían y tienen que ver con procesos de urbanización y modernización, en los cuales los países africanos están inmersos hace décadas, y estos aspectos no se dejan expresar adecuadamente en lenguas que han quedado estancadas desde hace muchísimo tiempo. Basta recordar que también en África los campos de las comunicaciones, el transporte y los servicios públicos están sometidos a las computadoras y, por lo tanto, a la cultura occidental moderna. Por otra parte, los propios africanos de los estratos medios y altos, consideraban una afrenta tener que dedicar un solo minuto a las lenguas de sus antepasados y hacían gala de sus excelentes conocimientos en lenguas europeas.

Hay que señalar que el cine, la literatura y las artes africanas del presente (con excepción de ciertos textos de canciones) se sirven de lenguajes, figuras y motivos que provienen mayoritariamente de la civilización europea o norteamericana.

Según mi jefe y amigo lo más adecuado y democrático era utilizar los cinco idiomas de las antiguas naciones coloniales: francés, inglés, portugués, italiano y español. Julitane y otros afirmaban que el francés y el inglés eran totalmente suficientes. Mi primera tarea consistió en estudiar este problema y tomar contacto con posibles colaboradores en portugués, italiano y español. El resultado de mi análisis fue descartar totalmente estas tres lenguas y limitarnos al francés e inglés. Había una sola ex-colonia de España: Guinea Ecuatorial (el Sahara Occidental está ocupado casi definitivamente por Marruecos). Y este país era extremadamente pobre (antes del descubrimiento del petróleo), con una población muy reducida, sin producción intelectual de ningún tipo. No encontramos a nadie que pudiera escribir sobre la propia Guinea Ecuatorial. Este curioso Estado, de clima malsano, está dominado desde el día de la Independencia hasta hoy por dictadores brutales y folklóricos. Para averiguar las posibilidades del italiano mandamos una comisión que visitó Iugaz y superficialmente Eritrea, Somalia, Etiopía y Libia. Como lo previó Julitane: un viaje caro e innecesario. Nadie se acordaba del italiano en esos países y si alguien aprendía un idioma extranjero, era el inglés. Se trataba, por lo demás, de naciones arrasadas por la guerra civil y las dictaduras. En las antiguas colonias de Portugal Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Cabo Verde y São Tomé e Príncipe el único idioma oficial era el portugués y las élites urbanas hablaban esa lengua, pero no encontramos ni un solo intelectual que pudiera escribir un texto en ese idioma para una revista de ciencias sociales, ni pagando honorarios muy altos.

Después de innumerables y tediosos debates, se decidió que la revista se publique sólo en francés e inglés. Ni aun así POLIS alcanzó la calidad y la difusión de NUEVA SOCIEDAD, y la revista no duró mucho tiempo. Menciono este tema porque así me di cuenta del bajo

nivel intelectual del África subsahariana, lo que consolidó mis prejuicios acerca de ese continente.

En febrero de 1983, la fundación me envió a Nigeria para organizar un coloquio académico sobre el tema medio ambiente y políticas públicas. Hasta hoy la cuestión ecológica es algo que no interesa mucho a las élites intelectuales africanas. Por aquellos años se creía que la protección de los ecosistemas naturales representaba un designio perverso del imperialismo europeo para impedir la industrialización acelerada de las sociedades africanas y para mantener aquel continente como una especie de parque natural intocado. Mi jefe y amigo en Dakar no quería enemistarse con el ámbito universitario (y político) en Nigeria y pensó que era más conveniente que yo, un latinoamericano con una estadía breve en aquella región y sin vínculos permanentes con la institución, hablara sobre este incómodo tema ante un público belicoso y proclive al radicalismo verbal.

Acompañado por Julitane me dirigí a la embajada de Nigeria en Dakar para conseguir una visa, y allí experimenté una pequeña sorpresa. El funcionario a cargo de este asunto me explicó, con exquisita delicadeza y hasta con sentido del humor, que la visa era una formalidad inútil, porque cualquier viajero obtenía libre entrada a ese país si adjuntaba un billete de cien dólares a su pasaporte durante el control en el aeropuerto.

Mi jefe y amigo me había recomendado que, por las dudas, obtenga la visa, pues a veces esta táctica se embrollaba: la policía nigeriana exigía 200 dólares a los que no tenían visa. Esto tenía que ver con algunos aspectos repetitivos de la vida cotidiana en Lagos: extrema inseguridad, corrupción a escala simplemente inimaginable, imprevisibilidad en el comportamiento de personas e instituciones.

También por estas razones mi jefe y amigo evitaba toda estadía en Nigeria, pese a que este país es el más poblado de África y uno de los principales productores de petróleo a escala mundial.

Al pasar el control de migraciones en el aeropuerto de Lagos, Julitane y yo entregamos los pasaportes con la visa, pero sin el dinero. Un vidrio oscuro impedía ver al funcionario de policía. Sin decir una palabra una mano negra se mostraba y exigía imperiosamente algo más. Me hice el que no entendía esos signos, pero poco a poco se formó una cola bastante numerosa de viajeros detrás de mí, que protestaba porque un tipo tacaño perjudicaba a todos los demás. Ante esta presión adjunté doscientos dólares por ambos e inmediatamente nos dejaron ingresar al sagrado suelo nigeriano. Nuestro equipaje llegó abierto y casi vacío, pero un funcionario, comedido y elegante, me dijo que por cien dólares se podía enmendar este "pequeño problema técnico". Así fue.

El director de nuestra fundación en Nigeria ya nos esperaba, y pronto abandonamos el gigantesco aeropuerto, copia fiel del de Frankfurt: un edificio sobredimensionado, que, por razones obvias, fue la delicia de la empresa constructora. En el centro de Lagos nos topamos con un inmenso atolladero de tráfico, que según mi antiferión, era cosa de todos los días. En nuestro automóvil se hallaban también los dos guardaespaldas de la fundación: unos hombrones risueños y seguros de sí mismos. Allí, en el Abdubakar Tafawa Balewa Boulevard, la avenida principal de la entonces capital nigeriana, nos quedamos detenidos por espacio de una hora. En un momento dado dos africanos enormes salieron del vehículo que nos antecedía, se pusieron a ambos lados de nuestro automóvil e intercambiaron en yoruba unas palabras algo ríspidas con nuestros guardaespaldas. Estos nos comunicaron que era un asalto y que toda resistencia era inútil y, además, peligrosa. Los asaltantes,

en un raptó de generosidad, declararon que no querían dinero ni nada semejante: sólo nuestros relojes y cámaras fotográficas.

Obtuvieron rápidamente el pequeño botín y regresaron a su vehículo. Nosotros quedamos inmovilizados en el mismo lugar por otra media hora, conversando sobre problemas de tráfico en las grandes ciudades y los gajes de la modernidad, y devolviendo los saludos que de vez en cuando nos mandaban los ocupantes del automóvil de adelante. Nuestros guardianes sonreían con el sentimiento del deber cumplido.

Lagos tenía y tiene la bien ganada fama de ser la ciudad más fea y peligrosa del mundo. No existía algo así como un centro histórico. En los barrios residenciales se apilaban montañas de basura de más de cinco metros de altura. Cientos de edificios estaban a medio concluir, habitados por marginales y llenos de escombros malolientes. En la rada de Lagos, con aguas poco profundas, se encontraban más de treinta barcos a medio hundir, oxidados y cubiertos de vegetación, fruto del cobro fraudulento de algún seguro. En medio de una zona residencial se encontraba la mayor atracción de la ciudad: una laguna pantanosa y pestilente, donde habitaban los cocodrilos sagrados del culto yoruba. Se decía que cada noche desaparecían algunas personas en aquellas aguas: políticos opositores, esposas infieles, intelectuales incómodos. El alcantarillado era abierto y en la época colonial británica había sido concebido para una ciudad de unos 300.000 habitantes. Las aguas servidas discurrían plácidamente al descubierto. (Lagos se halla en una zona muy caliente y húmeda, a poca distancia de la línea del Ecuador.) Cuando yo estuve allí, Lagos ya tenía seis u ocho millones de habitantes; nadie lo sabía exactamente. Masas de inmigrantes de toda el África, atraídos por la bonanza del petróleo, paseaban cantando y bailando por las calles, pero a la vez aterrorizando y robando a los pocos transeúntes. Todo nigeriano respetable tenía por lo menos un revólver y dos guardaespaldas, y jamás iba a pie.

A los pocos días viajamos a Ibadan, sede de la más prestigiosa universidad nigeriana y de su ya famoso Instituto de Altos Estudios Internacionales. Una supercarretera de ocho carriles por dirección unía Lagos con aquella ciudad. Pero a cada momento un enorme vehículo a contramarcha se abalanzaba por el carril de la extrema derecha, de modo que el trayecto a Ibadan fue también un intento incesante de evitar choques con automotores a contramano. A ambos lados de la carretera se hallaban restos de camiones y autobuses volcados y abandonados. El petróleo había sido una bendición para este país, que importaba mucho más whisky y licores que libros y materiales escolares. La abundancia súbita de divisas y la posibilidad de comprar casi todo en el exterior con una moneda sobrevalorada habían arruinado la incipiente industria local, fomentado un consumismo muy expandido y fortalecido una élite corrupta y autosatisfecha, que había desplegado notables destrezas en la manipulación de la conciencia colectiva. Hasta hoy las cosas han cambiado poco.

(Continuará)



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independentista

Cartas, manifiestos y proclamas II

Otro ejemplo en prosa del período independiente es el significativo documento lanzado en pleno dominio de las republiquetas, por el eminente guerrillero Manuel Asencio Padilla (1774-1816), en respuesta a una carta de despedida del general José Rondeau, comandante del tercer ejército auxiliar argentino que, como los anteriores, concluyó su campaña con un rotundo fracaso.

En la respuesta de Padilla advertimos el malestar causado por los expedicionarios del Plata que, desde entonces, sembraron el germen separatista de las provincias del Alto Perú. Dice Padilla en parte saliente:

En oficio de 7 del presente mes (diciembre de 1815), ordena U.S. hostilice al enemigo de quien ha sufrido una derrota vergonzosa; lo haré como he acostumbrado hacerlo en más de 5 años por amor a la independencia que es la que defiende el Perú, donde los peruanos privados de sus propios recursos no han descansado en 6 años de desgracias, sembrando de cadáveres sus campos, sus pueblos de huérfanos y viudas, marcados por el llanto, el luto y la miseria, errantes los habitantes de 48 pueblos que han sido incendiados, llenos los calabozos de hombres y mujeres que han sido sacrificados por la ferocidad de los implacables enemigos: hechos el oprobio y el ludibrio del Ejército de Buenos Aires, vejados, desatendidos sus méritos, insultados su créditos y en fin el hijo del Perú mirado como enemigo, mientras el enemigo español es protegido y considerado. Si Señor, ya es llegado el tiempo de dar rienda suelta a los sentimientos que abrigan en su corazón los habitantes de los Andes, para que los hijos de Buenos Aires hagan desaparecer la rivalidad que han introducido, adoptando la unión y confundiendo el vicioso orgullo, autor de nuestra destrucción.

Del lado de los realistas encontramos un documento, por demás interesante en forma y contenido, publicado en la Gaceta Oficial de Buenos Aires el 3 de julio de 1810. Ese documento conocido con el título de "Dictamen", se halla firmado por Pedro Vicente Cañete (1754-1816), a la sazón asesor del Intendente de Potosí. Emitido el 26 de mayo de ese mismo año, o sea un día después de la revolución de Buenos Aires, dicho "Dictamen" se caracteriza por el severo análisis del período histórico que se abrió en Chuquisaca un año antes. Cañete comienza su diagnóstico desconociendo prácticamente la original situación de los pueblos de América; él dice, desaprensivamente:

En unos pueblos sin ilustración, sin disciplina y sin costumbres como son en la mayor parte los de América, es imposible establecer un sistema de seguridad no teniendo un apoyo de

protección sobre el cual fijen sus esperanzas los ciudadanos. Hasta ahora, las recompensas han venido a tres mil leguas de distancia, expuestas a otras tantas mil equivocaciones y engaños. Nuestro gobierno de América puramente derivativo, ha subsistido solamente por la opinión de lo que podía influir a las fortunas de los particulares con sus recomendaciones a la metrópoli, y un temor aunque lejano del poder armado del soberano, ha retenido la osadía de algunas manos rebeldes para dejar de obrar a pesar suyo.

Luego desahucia el temperamento político y los ideales de libertad e independencia que sustentaban los caudillos de la rebelión, pues según él, América no estaba "en estado de organizar una política sutil que pudiera servir de materia para un sistema original de gobierno", olvidando que antes de la Conquista esos pueblos se hallaban regidos por caracterizados imperios como el Quechua, Maya y Azteca.

Cuando su análisis se hace premonitorio, no se equivoca en el aluvión de sangre que valicína, el decir:

Con esta obstrucción moral sobrevendrá una parálisis política en todas aquellas provincias, y transformándose en frenesí, proyectará la conquista de lo interior del Perú, y empezarán las guerras civiles, las violencias, las rapiñas y los asesinatos, subseguirán los bandos y facciones entre los peruanos, y acordados los unos y los otros al verse nadando en su propia sangre a que no han estado acostumbrados, o bien se venderían con ignominia a la primera potencia que les ofreciese mejor partido en la apariencia o aprovechándose de la confusión de los mismos americanos, cualquier potencia europea o la del norte de América, se apoderaría de sus gobiernos facilísimamente con todas estas inmensas propiedades.

Otros documentos para considerar, son los pronunciamientos lanzados por los caudillos revolucionarios luego de cada levantamiento, como el del capellán Juan Bautista Oquendo, después del alzamiento del 14 de septiembre de 1810, y también el manifiesto de la Junta Tutiva de La Paz, el 16 de julio de 1809.

A.C.R.

